
Fidelidad y amor conyugal a la luz de la Constitución *Gaudium et Spes*

Fidelity and Conjugal Love in the Light of Gaudium et Spes

RECIBIDO: 10 DE SEPTIEMBRE DE 2015 / ACEPTADO: 22 DE OCTUBRE DE 2015

Jorge PEÑA VIAL

Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de los Andes
Santiago, Chile
jpena@uandes.cl

Resumen: El artículo quiere ser una mirada actual a la fidelidad y el amor conyugal a la luz del capítulo V «Dignidad del matrimonio y la Familia» de *Gaudium et Spes*. Se trata de un documento publicado a casi cincuenta años de distancia, y su contexto cultural está marcado tanto por la Encíclica *Humanae vitae* de Pablo VI como de la llamada revolución sexual. Se analizan las consecuencias de esta revolución y las rupturas que ocasionaron en elementos naturalmente unidos y asociados. Asimismo se examinan sus raíces filosóficas y culturales. La fidelidad es la libertad mantenida y acrecentada. Pero ésta se torna especialmente difícil en una sociedad en la que impera una concepción afectiva-sentimental del amor y de la felicidad, y en la que la cultura divorcista impregna las mentalidades. Es cierto que el matrimonio es efecto del amor, pero es más cierto aún que el amor es el fruto del matrimonio. Sólo la fidelidad supera la prueba del tiempo y permite que el amor se acreciente y llegue a su plenitud.

Palabras clave: Fidelidad, Revolución sexual, Amor conyugal.

Abstract: This article presents a current view on fidelity and conjugal love in the light of the fifth chapter of *Gaudium et spes*, «Fostering the nobility of marriage and the family». It is a document published over fifty years ago, whose cultural context was thus marked by Paul VI's encyclical *Humanae vitae* as well as by the so-called sexual revolution. This article analyzes the consequences of this revolution and the ruptures that it caused in naturally united and associated areas. Their philosophical and cultural roots are also analyzed. Fidelity is a preserved and augmented freedom. However, it is difficult to practice fidelity in a society where an affective-sentimental conception of love and happiness predominates and where the culture of divorce impregnates the people's mentality. It is certain that marriage is an effect of love, but it is truer still that love is a fruit of marriage. Fidelity is the only thing that goes beyond time and allows love to grow and achieve its fullness.

Keywords: Fidelity, Sexual Revolution, Conjugal Love.

«Si los esposos no conciben el matrimonio como un proyecto común de santificación, lo más probable es que fracasen», fue la lapidaria frase que pronunció el obispo Adolfo Rodríguez¹. Me pareció que apelar de buenas a primeras a un afán de santidad mutuo, acudir de entrada a la gracia del sacramento, a una vocación matrimonial, era sobrenaturalizar en exceso algo que una sana antropología podía fundamentar mejor. De modo retrospectivo veo la gran sabiduría de esas palabras. El n° 49 de la *Gaudium et Spes*, inserta en el capítulo V acerca de la Dignidad del Matrimonio y Familia, así lo corrobora: «El Señor se ha dignado sanar este amor, perfeccionarlo y elevarlo con el don especial de la gracia y la caridad. Un tal amor, asociando a la vez lo humano y lo divino, lleve a los esposos a un don libre y mutuo de sí mismo (...) Para hacer frente con constancia a las obligaciones de esta *vocación* cristiana se requiere una insigne virtud; por eso los esposos vigorizados por la gracia para la vida de santidad, cultivarán la firmeza en el amor, la magnanimidad de corazón y el espíritu de sacrificio, pidiéndolo asiduamente en la oración».

El contexto cultural de este documento es la década del 60. El papa Pablo VI publicó la encíclica *Humanae vitae* dos meses después de mayo del 68, hecho que legitimó la llamada «revolución sexual». Estos dos acontecimientos, tanto la encíclica como la revolución sexual, deben tenerse en cuenta para la lectura de estos números de la *Gaudium et Spes*. En la *Humanae vitae* se condena toda forma de anticoncepción como impropia de la dignidad de la persona humana. Surgió contra esa enseñanza una oleada de disentimiento enfadado y de vehemente contestación. Católicos y no católicos rechazaron a la par «al viejo célibe del Vaticano» por haberse equivocado al leer los signos de los tiempos y obstaculizar así la entrada plena de la Iglesia en la era moderna². Muchos se mofaron de las consecuencias calamitosas que Pablo VI predijo si se extendía la anticoncepción. Hoy debemos reconocer que fue del todo profético. Entre las predicciones estaban: 1) aumento de la infidelidad conyugal; 2) descenso general de la moralidad, especialmente entre los jóvenes; 3) maridos que ven a sus esposas como meros objetos sexuales; 4) gobiernos forzando

¹ Adolfo Rodríguez fue obispo de los Ángeles (Chile) y falleció el 8 de noviembre de 2003. Enviado por San Josemaría, fundador del Opus Dei, para iniciar el trabajo apostólico del Opus Dei en Chile.

² Recojo algunas ácidas afirmaciones de disentimiento que aparecieron en algunos periódicos por esas fechas.

a la gente a programas masivos de control de nacimientos. A casi cincuenta años de distancia el paisaje moral es el siguiente: 1) el porcentaje de divorcios se ha cuadruplicado; 2) el número de enfermedades de transmisión sexual ha aumentado de 6 a 60; 3) la pornografía gana más que todas las entradas de deportes profesionales y entretenimientos legítimos en conjunto; 4) en el tercer mundo se fuerza a la esterilización de mujeres sin que lo sospechen³.

Me parece que el acontecimiento cultural de mayor relevancia durante el siglo XX –por sus efectos de índole familiar, psicológico, ético, político, antropológico– fue el descubrimiento y posterior comercialización a gran escala de los anticonceptivos hormonales u orales. Tras una serie de experiencias con mujeres de Puerto Rico, a principios de los años 60, se patentó el artefacto o fármaco químico que permitía separar aspectos íntimamente asociados como la unión sexual y la generación. Siempre había existido la posibilidad psicológica –interior– de disociar la sexualidad, del amor, del matrimonio, de la generación. Pero ahora se disponía de un instrumento técnico que no sólo permitía esa separación sino que objetivamente lo lograba. Se daba una concatenación natural de fines y sentido: el sentido de la sexualidad se encuentra en el amor, el amor entre un hombre y una mujer se orienta teleológicamente al matrimonio, el matrimonio es para la familia y los hijos, y éstos para la sociedad. La desconexión y disociación de elementos que están unidos, Jerome Lejeune la calificó de pornografía biológica⁴ y que tiene las siguientes manifestaciones desarticuladoras: 1) Hacer el amor prescindiendo del niño con los métodos contraceptivos; 2) hacer el niño prescindiendo del amor por medio de la FIVET, fecundación in vitro; 3) deshacerse del niño por el aborto; 4) desfigurar el amor por la pornografía. La autonomización de cada uno de estos tres factores (sexo-amor-procreación), el tomar cada uno al margen de los otros y arbitrar una pluralidad de posibilidades de articulación de ellos entre sí, trae consigo enormes consecuencias: artificialización de los procesos; despersonalización del cuerpo; sexo desprendido del amor, considerando el

³ Cfr. www.forumlibertas.com. Diario digital; «Crisis de la Familia: las estadísticas muestran su creciente fragilidad» de John Flynn.

⁴ Esta expresión la utiliza Jerome Lejeune en una conferencia en Venezuela el 25 de mayo de 1989 en el Ciclo de Conferencias *Sobre el respeto a la vida naciente, procreación artificial y experiencia fetal*. Su conferencia tenía por título «Moral natural y experiencia fetal». Fue citado por PEÑA VIAL, J., cfr. «El cuerpo personal: unidad orgánica de vida, amor y fecundidad», en *La vida ante el Derecho*, VI Jornadas chilenas de Derecho Natural, Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile, 1996, 123-134.

primero como fácil objeto de consumo y el segundo como enfermedad romántica que complica todo inútilmente; separación del ejercicio de la sexualidad del matrimonio, en fin, múltiples posibilidades de degradación de la dignidad personal y corrosión de instituciones básicas. La unión sexual puede disociarse de la fecundación, la fecundación puede disociarse de la gestación, la gestación puede disociarse del cuidado inmediato de la prole, la paternidad puede disociarse de la generación por una parte y del matrimonio por otra, y el amor erótico puede disociarse de cada uno de estos elementos o asociarse a cualquiera de ellos. La sexualidad desintegrada, artificializada, es una bomba de tiempo que adquiere fuerza destructiva y opera como un principio de descomposición del verdadero amor, afectando con ello al matrimonio, a la familia y a la sociedad. Sólo la virtud de la castidad –manifestada de distinto modo según el estado, soltero o casado– puede integrar y articular los dinamos espirituales, psíquicos y somáticos de la persona en su masculinidad y femineidad respectivas. No en vano se ha definido esta virtud como la «fortaleza del amor». El verdadero amor es alegre, creador, fecundo, fuerte. Fuerte para no dejarse aguar ni corromper por tendencias que oscurecen su verdadera naturaleza, fortaleza para impedir que sus rasgos esenciales sean desfigurados por múltiples presiones hedónicas, comerciales, pasionales. El n° 49 de la constitución recomienda: «Hay que formar a los jóvenes, a tiempo y convenientemente, sobre la dignidad, función y ejercicio del amor conyugal, y esto preferentemente en el seno de la misma familia. Así educados en el culto de la castidad, podrán pasar, a la edad conveniente, de un honesto noviazgo al matrimonio».

¿De qué se trata la revolución sexual? Se puede decir que es el intento programático de separar el ejercicio de la sexualidad de la institución del matrimonio, y de la perspectiva de la paternidad⁵. En primer lugar, la ruptura del vínculo tradicional y natural entre sexualidad y matrimonio y la reivindicación de una sexualidad libre de lazos institucionales o siquiera estables. Una vez eliminado el vínculo con el matrimonio, el sexo se ha convertido en una especie de mina flotante: un problema y un poder omnipresente en la sociedad. Y respectivamente el matrimonio se torna líquido. En segundo lugar, la ruptura del vínculo entre sexualidad y procreación. Se reivindica el derecho a una sexualidad sin procreación mediante la difusión de técnicas anticonceptivas, y más

⁵ Cfr. RATZINGER, J., *Informe sobre la fe*. Entrevista de Vittorio Messori, Madrid: BAC, 1985, 92-94.

recientemente de los diferentes procedimientos de reproducción artificial. Las conexiones y vínculos naturales se consideran opresivos y un obstáculo para la libertad. La revolución sexual es la ruptura programática de estos vínculos.

Es fácil demostrar cómo esta emancipación de la sexualidad en relación con la naturaleza se ha sublevado contra el hombre. Basta citar el abismante descenso de la natalidad con el inevitable envejecimiento de la población hasta la difusión terrible de la nueva enfermedad del SIDA (ausente del todo en periodos históricos anteriores). Un artículo de un periódico italiano tenía un elocuente título «De las estrellas al SIDA», donde se describía esta triste decadencia de la sexualidad, haciendo un parangón entre el aliento cósmico que se le reconocía en la Biblia, donde se promete a Abraham una descendencia «numerosa como las estrellas del cielo», y la angustia del sexo consumista actual, replegado en sí mismo y atemorizado por el riesgo del contagio del SIDA.

Ya nadie discute que se ha producido una creciente banalización o trivialización de la sexualidad, reducida a una mera necesidad biológica, que la despoja del horizonte y del gozo de su verdadero sentido humano. En la raíz de estas rupturas y quiebres se puede ver que la sexualidad está separada de la persona en su verdad, está despersonalizada, reducida a un nivel subpersonal, biológico, que ya no involucra a las personas como tales. De ahí el rechazo y fastidio hacia todo discurso moral sobre estos temas.

Con acierto Livio Melina ha establecido las raíces filosóficas de esta revolución⁶. Son distintas entre sí pero se complementan para dar lugar a toda una mentalidad cultural. La primera, es la interpretación de la sexualidad como pulsión irresistible que debe hallar un desahogo para no crear un desequilibrio en la personalidad. El instinto sexual es comprendido como una necesidad de índole fisiológica, al igual que otras, y necesitado de satisfacción. El criterio moral se elimina y el único criterio está señalado por el equilibrio psicológico, que asegura la experiencia del bienestar. Una montaña de literatura psicoanalítica suscribe estas consideraciones. Esta interpretación naturalista se asocia con una segunda que viene de más lejos, de índole espiritualista, que comprende al hombre como un ser del todo autónomo. El hombre se afirma a sí mismo como ser libre en la medida que se emancipa de la naturaleza y de la tradición. La razón ya ha dejado atrás a la naturaleza. En esta perspectiva el cuerpo se convierte en algo inferior, objeto de uso. Ya no entra de algún modo

⁶ Cfr. MELINA, L. y LAFFITE, J., *Amor conyugal y Vocación a la Santidad*, Santiago: Universidad Católica de Chile, 1996, 55-56.

a definir la identidad del sujeto. Como puede apreciarse se da una conjunción de dos perspectivas, heterogénea y contradictorias, a primera vista: el racionalismo de la autonomía, de acento kantiano, se asocia a un naturalismo respecto del cuerpo y el placer.

Un tercer factor que contribuye a caracterizar la cultura actual en torno a la sexualidad es la exaltación unilateral del sentimiento. Se trata de un residuo de la concepción «romántica» del amor: un evento fatal sin posibilidad de control. Desligado de la razón y la voluntad, el amor es visto como una experiencia absolutamente incontrolable que, por supuesto, no puede ser encauzada en el marco institucional del matrimonio y que tiene en sí mismo su propio criterio de valor. El amor-sentimiento –al que me referiré más adelante– en lugar de abrirse a la acogida de la otra persona tal como es, enfatiza la experiencia subjetiva que encierra en sí mismo. La sexualidad es entendida como expresión necesaria de un ímpetu sentimental incontenible, pero que no puede asumir responsabilidades estables en la vida personal. Se aferra a la satisfacción subjetiva que da lugar al fanatismo de la pasión.

A mediados de la década de los 60 algunos proclamaban de modo enfático que la sociedad, con sus normas y pautas de comportamiento era una máquina represora implacable a cuya cuenta habría que girar la gran cantidad de traumas y abundantes complejos. Se decía que cuando esos diques represores e inhibidores de las fuerzas vitales se entreabrieran, las aguas represadas en virtud de tabúes y absurdas prohibiciones, irrigarían el campo del arte y la sociedad dotándola de creatividad, lozanía, acometividad y frescura creadora y espontánea. Han pasado 47 años desde que se abrieron todas las compuertas y se dejaron de lado las cautelas. Y en vez del esperado león rugiente que estaba detrás de la puerta, el que con su fuerza iba a arrasar todo a su paso, ha aparecido un gatito domesticado, únicamente atento a su pequeño placer del día y de la noche. Sin la fuerza que otorgan las virtudes, sin acometividad, sin magnanimidad ni horizontes: pendiente de su cuota de placer egoísta y con el único horizonte del panorama del fin de semana y la fiebre del sábado por la noche. Y cuando a estos jóvenes domesticados –no se me malinterprete, hablo de modo sociológico, no de todos los jóvenes– se les habla de ideales, de un compromiso generoso, de un gran amor..., se limitan a guiñar el ojo. Tienen al alcance de la mano experiencias más fuertes; es que han practicado un eros lisiado, incapaz de vuelo y alcance. Han bebido precozmente de esa pócima fascinante –para la que se requiere de madurez humana y espiritual– y, al poco, en el adolescente sólo hay sed, porque todo lo demás les parece insípido. Allan

Bloom, brillante profesor fallecido de la Universidad de Chicago, judío agnóstico, experto en Nietzsche y Rousseau –sobre el que Saúl Bellow, premio Nobel de Literatura en 1976, hace un excelente retrato en su novela «*Ravelstein*»⁷– comenta que a este paso, el riquísimo acompañamiento erótico, romántico, moral e ideal que suele ir unido a la experiencia sexual, se desvanecerá como pompa de jabón y será considerado como superfluo y vana ornamentación. A ese paso, el amor romántico será tan lejano y distante como la caballería andante. No me resisto a citar el libro de Bloom «*The close of American mind*»: «Yo creo que los estudiantes más interesantes son aquellos que no han resuelto el problema sexual, que son todavía jóvenes, inexpertos e ingenuos y que excitados por los misterios a los que aún no han sido plenamente iniciados, creen que el futuro les reserva muchas cosas y que todavía deben madurar para obtenerlas. Hay quienes son hombres y mujeres a los 16 años, y que no tienen ya nada que aprender en el aspecto erótico. Son adultos en el sentido de que no cambiarán mucho. Puede ser que se conviertan en competentes especialistas, pero su alma es chata y sin relieve. Para ellos el mundo es tal como se presenta a los sentidos; carece de los encantos que hubiera podido poner la imaginación y está exento de ideales. Este espíritu chato es lo que la sabiduría sexual de nuestro tiempo conspira para convertir en universal»⁸.

La experiencia que tenemos en la actualidad nos dice que, en una cultura en la que se difunde el recurso a la anticoncepción y a las relaciones prematrimoniales, los fracasos de las parejas son cada vez más numerosos, así como también son más numerosos los fenómenos de la violencia y de la infidelidad. El n° 47 de *Gaudium et Spes* ya lo había advertido: «El bienestar de la persona y la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligado a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar. Sin embargo, la dignidad de esta institución no brilla en todas partes con el mismo esplendor, puesto que está oscurecido por la poligamia, la epidemia del divorcio, el llamado amor libre y otras deformaciones; es más, el amor matrimonial queda frecuentemente profanado por el egoísmo, el hedonismo y los usos ilícitos contra la generación».

Las ciencias sociales, tan dadas a las estadísticas (se cuantifica muchas veces lo obvio) establecen –en una realizada por *Heritage Foundation*– que el 30% de los matrimonios que recurren a anticonceptivos terminan en divorcio en

⁷ Cfr. BELLOW, S., *Ravelstein*, Madrid: Debolsillo, 2014.

⁸ BLOOM, A., *El cierre de la mente moderna*, Barcelona: Plaza & Janes, 1989, 138.

comparación con el 3% de quienes optan por la planificación natural. Demás está decir que sobre estos temas hay una verdadera conjura de silencio e ignorancia y por lo mismo, se debe evitar emitir juicios condenatorios. Ciertamente a estos fenómenos pueden concurrir otras causas. Pero no deja de ser sorprendente que muchas parejas que han tenido un periodo de noviazgo bastante largo, a veces excesivamente concentrado en los aspectos sexuales, después de casarse –algo también en vía de desaparición– descubren que no se conocían bien. Hubieran podido hablar más y juntarse menos, porque esto último no siempre es comunicación y conocimiento. La mayoría de las veces, por el contrario, impide detectar y corregir el egoísmo propio y el de la otra parte. Y es que el amor debe ir progresivamente ir matando por dentro el egoísmo. El matrimonio es la escuela del amor; y en el noviazgo y durante los primeros años, se escriben sólo los primeros palotes, se conocen los rudimentos de esa escuela, son meramente los primeros pasos.

La lógica individualista exclusivamente atenta a la propia autorrealización, sólo le interesa y, afanosamente persigue, la propia felicidad. Sin embargo esa idea de felicidad es precaria y normalmente se entiende sólo a nivel afectivo-sentimental, es decir, no como algo que se conquista con lucha y sacrificio sino como un sentimiento eufórico y exaltante que se recibe y se padece. Este énfasis desmesurado en lo afectivo-sentimental de la felicidad, como experiencia gozosa y pasiva, en desmedro del amor como acto voluntario, como tarea a realizar de modo activo, libre y reflexivo por el amante, se debe a ciertos planteamientos filosóficos que han sobrevalorado la afectividad. Así Max Scheler sostiene que el amor, por ser un sentimiento radical, no puede ser objeto de deberes o de prescripciones morales: a nadie se le puede obligar a amar. Esta tesis es verdadera para el amor en tanto que sentimiento y en el plano de los fenómenos cognoscitivos, pero es falso para el amor en tanto que acción voluntaria. Cuando el amor es asumido por la voluntad y se expresa en el libre y público consentimiento voluntario que constituye el matrimonio, puede ser objeto de prescripciones morales (para los esposos es un deber amarse) y ser materia de promesas y compromisos. A partir del matrimonio ese amor debe enfrentar el desafío, que no viene dado de suyo y no es fácil, de realizar en el tiempo, en el día a día, el amor que durante el enamoramiento se anticipó imaginativamente por encima del tiempo. Es el amor como tarea y conquista y no sólo como algo espontáneo y gozoso. Es la voluntad siempre renovada de amarse y de luchar por hacer real ese amor. La segunda fase es el amor como acto de la voluntad, que lógicamente no excluye el sentimiento,

pero está fundada en una decisión voluntaria, libre y reflexiva del amante. Con un término clásico y algo técnico se denomina *dilección* o amor benevolente a esta modalidad del amor que procura activa y voluntariamente el bien del amado.

El enamoramiento es una anticipación imaginativa de una posible plenitud futura, realizada por encima del tiempo, y tiene carácter programático, y, por tanto, es un ideal que exige y requiere ser realizado. Se asume el compromiso de realizar en el tiempo la unidad de dos personas, de hacer realidad aquello que aparece como proyecto en el enamoramiento. Tal compromiso voluntariamente aceptado tiene su expresión en la institución del matrimonio. Por eso, lo que constituye al matrimonio como tal es un acto de la voluntad expresa y públicamente aceptado, el consentimiento. La promesa misma en su forma ritual y confirmada por testigos. Un sentimiento no es algo por lo que la persona quede obligada o comprometida.

La unión postulada y anticipada en el enamoramiento no es todavía real. El peligro inherente al amor-pasión radica en el confinamiento en el propio sentimiento gozoso: no te amo a ti, sino a mi propia embriaguez, mi propia exaltación, y tú como condición de posibilidad de la misma. Ya san Agustín había descrito esta experiencia humana: «Todavía no amaba –escribe en *Las Confesiones*– y amaba el amor, buscando a quien amar»⁹. El amor verdadero exige el sacrificio de sí mismo, y si hoy hay muchos que nada saben de él es porque en todo momento intentan rehuir el sacrificio y se dejan engatusar por la vana retórica de la autoafirmación. Un autor como Allendy divide la historia del amor en tres estadios: estadio digestivo, estadio recíproco y estadio oblativo. La esencia del amor se da, más pura, en el último¹⁰.

La fidelidad es la libertad mantenida y acrecentada, y como tal debe ser defendida, especialmente en una sociedad en la que impera una concepción afectiva-sentimental de la felicidad y del amor, y en la que el esquema divorcista se está haciendo cultura y penetrando cada vez más en las mentalidades. La fidelidad hace posible una vivencia plena y profunda de lo que es amar. El sentimiento eufórico y positivo del enamoramiento, frecuentemente inficionado en sus inicios de egoísmo y búsqueda de sí, debe dar paso a una decisión reflexiva y consciente de procurar voluntariamente el bien de la persona amada cultivando activamente ese amor. Sólo así el amor puede superar la prueba

⁹ SAN AGUSTÍN, *Confesiones* III, 1.

¹⁰ Citado por GUITTON, J., *Ensayo sobre el amor humano*, Buenos Aires: Sudamericana, 1968, 200.

del tiempo, acrecentarse y llegar a una plenitud mucho más densa, real y profunda que la que se anticipó –imaginativamente y por encima del tiempo– durante el enamoramiento.

Los actos de libertad radical se proyectan y se adoptan por encima del tiempo, ignorando las vicisitudes a las que ese proyecto de vida se verá sometido en el tiempo real y concreto. Si en el momento en que un hombre y una mujer se unen en una alianza de amor perpetuo y recíproco, un genio maligno hiciese desfilarse ante su ojos las pruebas que ese amor deberá afrontar en la historia ¡qué estremecimientos, dudas y perplejidades se produciría en sus almas! Una providente ignorancia permite que audazmente se comprometan y embarquen. Sólo un amor verdadero permitirá vencer esas pruebas, y a su vez, sólo se alcanzará la plena medida del amor a través de una purificación larga y severa.

Cuando dos seres, después de muchos años de vivir juntos, llegan al extremo de aborrecerse mutuamente y basta el verse para lanzarse platos por la cabeza, puede suponerse que cada uno se ha amado a sí mismo en el otro. En frase de Thibon: «Su “amor” en fase de efervescencia, no es más que la coincidencia de dos egoísmos, y más tarde, cuando a la embriaguez sucede la costumbre, se convertirá en un compromiso gris y vacío entre esos mismos egoísmos»¹¹. En la dinámica amorosa se da un desplazamiento desde la unión inicial puramente afectiva, tan ardorosa como programática, a una unión fundada en el compromiso de la voluntad, que si bien es más atemperada tiene un contenido real mucho mayor. El sentimiento nos despierta y nos hace ver el valor, pero nunca es la respuesta adecuada a ese valor y, mucho menos, para su realización en el tiempo. Como lo ha explicado Pedro Juan Viladrich «después de la etapa del enamoramiento se pasa la etapa del “quiero quererte”... No solamente de sentirlo, sino de implicarme voluntariamente a que ese sentimiento que hay entre los dos se conserve, se mejore, se restaure en sus heridas y, por lo tanto, entramos en la fase en que puedo decirte “quiero quererte”»¹². Es cierto que el matrimonio es el efecto del amor, pero es más cierto aún que el amor es el fruto del matrimonio.

Con realismo escribe Jean Guítton: «Hay tantas ilusiones posibles en el amor, es tan ambiguo, tan inestable, tan próximo a la neurosis, tan refractario

¹¹ THIBON, G., *Nuestra mirada ciega ante la luz*, Madrid: Rialp, 1973, 195-196.

¹² Entrevista de Maite Armendáriz a Pedro Juan Viladrich «La historia de un amor», en *Artes y Letras de El Mercurio*, cuerpo E, 4-VIII-2002, 13.

a todos los consejos de la prudencia, tan inclinado a pervertirse o disociarse, tan extraño a su fin normal, tan pronto para tornarse bestial, absurdo o demoníaco, que la sociedad debe intervenir para protegerlo contra sí mismo. Es lo que justifica la moral sexual, la institución social del matrimonio y de la monogamia, así como las costumbres que las rodean. Lejos de ser impedimentos al amor, este conjunto de tabúes, de prohibiciones, de modos, de costumbres, de leyes humanas y divinas, de sentimientos más o menos afectados, componen el humus o el germen del amor; todo esto permite a gran número de personas conocer, a pesar de sus ilusiones y de su mediocridad, ese estado improbable y verdadero a la vez»¹³.

Desde el momento en que yo acepto un compromiso sé, de antemano, que la persona y las circunstancias implicadas en él cambiarán. Y ello, en una medida que me resulta del todo imprevisible. Sin embargo dar fe a alguien equivale a situar todos los cambios futuros en la línea de esa promesa, considerar esa promesa como el cauce en cuyo seno discurre el río y todos los posibles cambios y avatares de un futuro incierto. Como han mostrado Gabriel Marcel y Maurice Nédoncelle, la fidelidad no es jamás fidelidad a sí mismo¹⁴. El compromiso supone un intercambio vivo, una relación, reciprocidad. La fidelidad, con belleza lo ha dicho Thibon, es la «la eclosión perpetua de lo nuevo en el seno de lo idéntico, un renacimiento continuo. En efecto, la verdadera fidelidad consiste en hacer renacer indefinidamente lo que ha nacido una vez, estos pobres gérmenes de eternidad depositados por Dios en el tiempo, que la infidelidad rechaza y la falsa fidelidad momifica»¹⁵. Se trata de orientar todo cambio en el sentido de una renovación de la fidelidad.

Ninguna de las cosas humanas, ni las casas, ni las telas, ni los placeres se conservan en el abandono. Los techos se hunden, los amores se deshacen. A cada instante se requiere volver a clavar una teja, apretar una junta, desvanecer una falsa interpretación. El movimiento es esencial a la vida y, por consiguiente, a esta forma superior de vida que es la fidelidad. Ésta no consiste en negarlo sino en dominarlo. El hombre, situado por su naturaleza y su vocación

¹³ GUITTON, J., *Ensayo sobre el amor humano*, Buenos Aires: Sudamericana, 1968, 212.

¹⁴ «Lo que entreveo –decía Marcel el año 35– es que a pesar de las apariencias, la Fidelidad no es jamás Fidelidad a sí mismo» (MARCEL, G., *Etre et Avoir*, Paris: Mouton, 1935, 64). Y más adelante agregaba: «Sostener que, a pesar de las apariencias, la Fidelidad no es jamás más que una modalidad del orgullo y del amor propio, es privar de su carácter distintivo a las más altas experiencias que los hombres han creído vivir» (*ibid.*, 75).

¹⁵ THIBON, G., *La crisis moderna del amor*, 2 ed. Barcelona: Fontanella, 1966, 28.

en la confluencia del devenir y de lo eterno, corre constantemente el peligro de traicionar a uno de ellos en provecho del otro, lo que equivale a traicionar a la vez al uno y al otro. Los cambios dependen ante todo de nosotros, y si hablamos de ideales que mueren, correspondió únicamente a nosotros el mantenerlos con vida. Las personas no cambian involuntariamente y por efecto de una especie de mecánica fatal. Se trata de cultivar lo que Gabriel Marcel llamó «fidelidad creadora», la que es capaz de inventar y renovar cada día su amor. Es fecunda, ingeniosa y creativa porque es capaz de actualizarse diaria y libremente y sabe luchar contra los sentimientos inconsistentes, la incoherencia en nuestras acciones, la dispersión interior y la esclerosis de los hábitos¹⁶. La fidelidad es el único modo de triunfar eficazmente sobre el tiempo y «esta fidelidad eficaz puede y debe ser una fidelidad creadora»¹⁷.

El enclaustramiento idólatra de la pareja en sí misma conduce a considerar a los hijos como un accidente enojoso, una especie de expiación de la voluptuosidad de cuyo pago ahora las técnicas anticonceptivas permiten legítimamente liberarnos. Si la pareja se ha divinizado y únicamente ambiciona un pequeño bienestar y seguridad para dos, el hijo inevitablemente será visto como un intruso y un aguafiestas, pues viene a romper el cerco donde quiere aislarse este doble egoísmo. El hijo que es el amor de los esposos hecho sustancia, persona, es evitado, postergado y diferido. Esa pareja aislada y encerrada está condenada a morir de asfixia.

Quienes calculadamente deciden aplazar el tener hijos durante unos cuantos años, se encontrarán en una situación precaria cuando el romance se mitigue o empiece a desaparecer ante las dificultades y carezcan del apoyo de los hijos. Tanto para aprender a amar y ser leal como para mejorar personalmente y convertirme en una persona menos egocéntrica, necesito de motivos poderosos. Este motivo son los hijos. El n° 50 de la Constitución *Gaudium et Spes* así lo establece: «Los hijos son, sin duda, el don más excelente del matrimonio y contribuyen sobremanera al bien de los propios padres (...) En su modo de obrar, los esposos cristianos sean conscientes de que no pueden pro-

¹⁶ «La Fidelidad es la Presencia activamente perpetuada; es la renovación del beneficio de la Presencia, de su virtud, que consiste en ser una incitación misteriosa a creer (...) Creadora, cuando es auténtica, está en el fondo de todo, porque posee el misterioso poder de renovar no sólo a aquel que la práctica, sino también a su objeto, por indigno que haya podido ser su origen» (MARCEL, G., *Position et aproches concretes du Mystere ontologique*, Paris: Vrin, 1949, 78-79; trad. cast., Madrid: Encuentro, 1987).

¹⁷ MARCEL, G., *Du refusa l'invocation*, Paris: Gallimard, 1940, 199.

ceder a su antojo, sino que siempre deben regirse por la conciencia, la cual ha de ajustarse a la ley divina misma, dóciles al Magisterio de la Iglesia, que interpreta auténticamente esta ley a la luz del Evangelio (...) Entre los cónyuges que cumplen de este modo la misión que Dios les ha confiado, son dignos de mención muy especial los que de común acuerdo, bien ponderado, aceptan con magnanimidad una prole más numerosa para educarla dignamente».

Se debe partir del supuesto de que la vida conyugal está jalonada, por esencia, de múltiples ocasiones de desencuentros, tensiones y frustraciones. La firme convicción de que el matrimonio es para siempre y su exigencia de indisolubilidad, proporciona el marco y el escenario en los cuales los conflictos, y su correspondiente dolor, podrán cumplir su función de educar y hacer madurar el amor. Debemos cultivar la esperanza de que tanto nosotros como nuestro cónyuge podemos cambiar y mejorar. El matrimonio es una diaria experiencia y exigencia de superación y de cambio, a través y como fruto del conflicto. Este imperativo de mejorar está facilitado cuando el matrimonio se ve en la perspectiva de un común proyecto de santificación.

Con el divorcio, la idea-fuerza de que el matrimonio es para siempre, que permite sobreponerse a las dificultades, tener paciencia ante los conflictos, queda muy debilitada y con claras perspectivas de naufragar ante los primeros escollos que se le presenten. Sin la convicción profunda de la perpetuidad del vínculo matrimonial no se tienen armas para salir adelante. Sólo en quienes está arraigada esta convicción podrán ver más tarde, con la perspectiva y distancia que dan los años, con nostalgia, cariño y agradecimiento, que esa crisis que los hizo tambalear, fue el primer paso hacia un mejor conocimiento de sí y para una más verdadera y profunda experiencia de lo que es verdaderamente amar. Innumerables experiencias de este tipo nos pueden narrar matrimonios exitosos y logrados, a pesar de las dificultades o precisamente a través de ellas.

Bibliografía

- BAUMAN, Z., *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- BELLOW, S., *Ravelstein*, Madrid: Debolsillo, 2014.
- BLOOM, A., *El cierre de la mente moderna*, Barcelona: Plaza & Janes, 1989.
- CHOZA, J., *Amor, matrimonio y escarmiento*, Barcelona: Tibidabo, 1991.
- GIDENS, A., *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid: Catedra, 2004.
- GRANADOS, J., *Una sola carne, en un solo espíritu*, Madrid: Palabra, 2014.
- GUITTON, J., *Ensayo sobre el amor humano*, Buenos Aires: Sudamericana, 1968.
- ILLOUZ, E., *Por qué duele el amor*, 2 ed. Buenos Aires: Katz, 2013.
- LEWIS, C. S., *Los cuatro amores*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1989.
- LLANO, A., *Deseo y amor*, Madrid: Encuentro, 2013.
- MARCEL, G., *Position et approches concretes du Mystere ontologique*, Paris: Vrin, 1949; trad. cast., Madrid: Encuentro, 1987.
- MARCEL, G., *Du refus a l'invocation*, Paris: Gallimard, 1940.
- MARCEL, G., *Etre et Avoir*, Paris: Mouton, 1935.
- MELENDO, T., *Ocho lecciones sobre el amor humano*, Madrid: Rialp, 1995.
- MELINA, L. y LAFFITE, J., *Amor conyugal y Vocación a la Santidad*, Santiago: Universidad Católica de Chile, 1996.
- NÉDONCELLE, M., *La Fidelidad*, Madrid: Palabra, 2002.
- PIEPER, J., *Las virtudes fundamentales*, Madrid: Rialp, 1996.
- RATZINGER, J., *Informe sobre la fe*. Entrevista de Vittorio Messori, Madrid: BAC, 1985.
- THIBON, G., *Nuestra mirada ciega ante la luz*, Madrid: Rialp, 1973.
- THIBON, G., *La crisis moderna del amor*, 2 ed. Barcelona: Fontanella, 1966.
- UGARTE GODOY, J. J., *El Derecho de la vida*, Santiago: Jurídica de Chile, 2006.